

# ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:  
Plaza del Biombo, núm. 2.  
Teléfono 514.

Madrid, 23 de Octubre de 1892

ADMINISTRACIÓN:  
Plaza del Biombo, núm. 2.  
Apartado 210.

Núm. 43

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez. Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

## SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*Humoradas*, por Campoamor.—*Legislación primitiva de los Estados españoles de América* (conclusión), por Antonio María Fabié.—*Las rosas andinas*, por Rubén Darío.—*En el vagón*, por Guy de Maupassant.—*Justicial*, por M. Pérez de la Manga.—*Cristóbal Colón* (continuación), por Alfonso de Lamartine.—*Nuestras ilustraciones*.—*Impresos recibidos en esta Redacción*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

FOTOTIPÍAS: Madrid: Monumento á Isabel la Católica en el paseo de la Castellana.—Alegoría de la isla de Cuba.—Portugal: La Torre de Belem en Lisboa.—El otoño.

## CRÓNICA

ESTAMOS en pleno Centenario y con fiestas á plazos mal pagados, aunque mejor fuera decir que vivimos en perpetuo lío, pues á parte de los Congresos de Americanistas, de Pedagogía, Geografía y el Católico, lo demás ha sido y viene siendo una inacabable juerga sin orden ni concierto.

Las fiestas escolares han hecho fiasco; el Congreso de librepensadores ha sido cerrado, apenas nacido, por la autoridad; el Municipio madrileño anda muy preocupado y aun ocupado, según dicen, con eso de los consumos; en fin, que lo único que salió con lucimiento hasta el día de la fecha fueron los fuegos artificiales; porque eso sí, en gastar la pólvora en salvas no hay quien se nos ponga por delante.

Como quiera que lo de casa no da más luz que esto, bueno será que nos vayamos á la del vecino á ver si ocurre cosa de más monta.

\*\*

Habría sido sorprendente que los japoneses, que tal fama tienen en todos los ejercicios de destreza, no hubieran conquistado todavía un puesto distinguido entre los primeros jugadores de billar.

Desde ahora no sucederá esto, como verán nuestros lectores, según lo que dicen periódicos de Moscou.

Dichos periódicos dan cuenta de la estancia en aquella ciudad de un joven japonés llamado Hang-Mang-Hu, que está en camino de cubrirse de gloria y de dinero.

Este joven profesor acaba de ganar una partida que será célebre en los anales de la carambola, luchando solo contra tres de los mejores jugadores rusos, adicionándoles sus puntos.

La apuesta era de 75.000 rublos y la partida de 5.000 puntos. Los espectadores eran 22 profesores acreditados y notabilidades moscovitas.

Hang-Mang-Hu, que empezó, hizo sin dejar el taco 1.853 puntos. La partida duró desde las ocho de la mañana á media noche, con dos horas de reposo á las once y á las seis para comer.

Para terminar, la última carambola se hizo á media noche, ganando por tres puntos el profesor japonés contra sus adversarios reunidos.

\*\*

Dice un periódico americano que las telefonistas «están llamadas á desaparecer». Veamos por qué.

Parece ser, según el colega, que se está ensayando un aparatito muy ingenioso, destinado á establecer las comunicaciones entre los abonados de un modo directo, sin intervención alguna de la Central telefónica.

Para esto se colocará en la oficina Central el aparato distribuidor de las comunicaciones, con enlace en todos los postes telefónicos.

Los abonados tendrán en su casa una especie de piano de cinco teclas, de las cuales cuatro corresponden á las unidades, decenas, cen-

tenas y millares de los números que componen la lista de suscriptores.

Cuando se quiera telefonar al abonado que tenga, por ejemplo, el núm. 2.319, se oprime la cifra de las unidades nueve veces, una la de las decenas, tres la de las centenas y dos la de los millares, y el aparato central transmite estos movimientos al del abonado correspondiente. Cuando la conversación termina, se oprime la quinta tecla, y todo vuelve á su estado ordinario.

Este aparato tiene la ventaja de ofrecer en las comunicaciones la mayor celeridad y la discreción más absoluta.

Y además, evitarnos mucha bilis llamando á las señoritas de la Central.

De suerte que habría dos economías.

Una económica para las Empresas de teléfonos.

Y otra de paciencia para los señores abonados.

J. G. M.

## HUMORADAS

Se viste de mujer, y la inocente  
gasta trajes con cola de serpiente.

Me engañó y la engañé; bien ó mal hecho,  
la venganza en España es un derecho.

Se casó la infeliz; ya está en camino  
de saber lo que pesa un mal destino.

Sin la fe por puntal, cualquiera día  
la bóveda del cielo se caería.

CAMPOAMOR.

## LEGISLACIÓN PRIMITIVA

### DE LOS ESTADOS ESPAÑOLES DE AMÉRICA

(Conclusión.)

FUE también de mucha trascendencia, además del permiso dado á diferentes descubridores, el nombramiento de distintos Gobernadores para las tierras ya descubiertas; pues de este modo se inició la división de los estados, regiones ó provincias de las Indias que habían de depender de un modo directo del Gobierno de la Metrópoli. Al propio tiempo y para asegurar los derechos de la Corona, en lo que en adelante se descubriese, expidieron los Reyes en Granada con fecha 3 de Septiembre de 1501 (1), Real Cédula disponiendo que ninguna persona pudiese ir á descubrir ni á lo descubierto en Indias sin licencia de Sus Altezas.

En este año de 1501 se dictaron muchas resoluciones que prepararon ó completaron las instrucciones dadas á Obando: en este número se comprende la Real Cédula de 16 de Septiembre de dicho año (2), revocando la franquicia que concedió Bobadilla á los vecinos de la Española, de no acudir á S. M. con parte alguna del oro que sacasen en cierto tiempo; y como esta medida no bastase para proveer las arcas del Tesoro con los recursos necesarios para atender á los gastos que ocasionaba aquella gigantesca empresa, por otra Real Cédula de la misma fecha (3) se autorizaba al Gobernador de la isla Española, para tomar prestado para Sus Altezas.

Más importante que estas medidas son las que se contienen en la respuesta á un memorial del Gobernador de la Española, dada en Granada á 20 de Septiembre del referido año (4): en ella se autoriza al Gobernador para que pueda recibir de los Indios cosas de comer, que los arrendado-

res de diezmos puedan entre sí comprar y vender, que el Contador no lleve derechos sino sólo sus salarios y otras de carácter esencialmente económico y administrativo.

Con el propósito de facilitar el comercio con las Indias, y principalmente para que acudiesen los negociantes á llevar á ellas las mercancías de Castilla de que se sentía con frecuencia gran necesidad, se dió en 26 de Septiembre del mismo año (1) Real Cédula para que de lo que se cargare y descargare para las Indias no se llevaran derechos algunos. En 27 y 28 de Septiembre de este mismo año se dieron por los reyes las instrucciones sobre lo que se había de ejecutar con Cristóbal Colón en las cosas de Hacienda, y la Real Cédula, para que el Gobernador de la Española hiciera restituir á Colón y á sus hermanos todo lo que se les hubiere tomado (2).

En este mismo año, y mediante las negociaciones entabladas en Roma, expidió el Papa Alejandro VI en 16 de Noviembre la Bula en que concedió á los Reyes de España perpetuamente los diezmos de Indias en atención á los gastos de la conquista temporal y espiritual, y después para la conservación y aumento de la fe con la obligación de dotar las iglesias que en aquellas regiones se erigiesen. Esta disposición pontificia dió su carácter especial al patronato de los Reyes de España en las iglesias de las Indias, porque, á diferencia de lo que ocurría en la Metrópoli, el culto y sus Ministros no se sostenían con el patrimonio y rentas especiales de la Iglesia, sino con las asignaciones que los Reyes, en representación del Estado, señalaban para estos objetos, precedente que tal vez se tuvo en cuenta al resolverse por medio de los concordatos, después de la desamortización eclesiástica y de la abolición de los diezmos en varias naciones, la dotación del culto y del clero. De todas maneras la situación relativa de la Iglesia y del Estado en los dominios españoles de América, fué desde su origen de tal índole, que la influencia y el poder de la autoridad civil en las materias religiosas eran mayores que en ninguna otra nación católica, aunque la armonía que reinó entre ambas potestades fué tan grande que no ocasionó sino raros conflictos, habiendo sido la Iglesia, principalmente representada por las órdenes monásticas, el instrumento más eficaz para establecer la dominación pacífica de España en aquel vasto continente.

En este mismo año, y para la ejecución de la Bula de que acabamos de hablar, se formuló el arancel por donde se habían de pagar los diezmos y primicias en la Española y en las demás islas y tierra firme del mar Océano. De este modo los diezmos y primicias fueron en adelante en las Indias un recurso permanente del Tesoro, ó como entonces se decía, una de las rentas de la Corona. Para aumentarlas dieron los Reyes en Ecija el 2 de Diciembre de 1501 una Real Cédula para que los indios pagasen la mitad del oro que sacaran ó tuviesen; al día siguiente, pero ya en Granada, se expidió otra Real Cédula para que ninguna persona pudiese llevar á vender guanines ni otros metales á las Indias ni á otras partes (3), disposición cuyo objeto tendía á fomentar la explotación de la riqueza minera en los nuevos estados.

Para evitar que los colonos que se enviaban á la Española y á las demás tierras que se iban descubriendo, careciesen de los medios necesarios para su instalación y permanencia en ella y también para suprimir el comercio fraudulento, se expidió la Real Cédula de 12 de Diciembre, dirigida al Gobernador de la Española para que no permitiese que los que iban á las Indias vendiesen lo que llevaban.

El Comendador de Lares no emprendió su viaje hasta ya entrado el año de 1502, y tardó algún tiempo en enviar desde la Española á sus Altezas cartas informándoles de los primeros actos de su Gobierno, y proponiéndoles lo que estimaba más conveniente para el buen régimen y prosperidad de aquellas regiones; pero, como eran ya muy extensas y considerables las islas y tierra firme que se habían descubierto, principalmente en el viaje de Rodrigo de Bastidas, que había arribado al llamado Golfo de las Perlas, y que había en-

(1) Publicada en la *Colección*, primera serie, tomo 30, pág. 523.  
(2) *Idem id.*, tomo 31, pág. 41.  
(3) *Idem id.*, *id. id.*, pág. 26.  
(4) *Idem id.*, *id. id.*, pág. 50.

(3) Publicada en la *Colección*, primera serie, tomo 31, pág. 62.  
(2) *Idem id.*, *id. id.*, págs. 72 y 88.  
(1) *Idem id.*, *id. id.*, pág. 108.

viado de allí muestras de ellas, para regularizar y fomentar el comercio con las nuevas regiones, determinaron los Reyes crear en Sevilla una Casa para la contratación de las Indias, y en 10 de Enero de 1503 formaron las primeras ordenanzas para su régimen que comprendían veinte capítulos. Desde la misma ciudad y en 20 de Enero, dieron SS. AA. una extensa instrucción para el establecimiento de esta casa en las Atarazanas, de donde se trasladó después al Alcázar; allí permaneció muchos años, habiéndose conservado hasta nuestros días el edificio que desgraciadamente ha desaparecido, sin considerar que era un monumento de carácter histórico que recordaba las glorias más grandes de España.

Como lo indicaba su nombre, la Casa de la contratación de Indias fué en su principio, y según sus primeras ordenanzas, un establecimiento esencialmente comercial, y su objeto consistía en reunir en sus vastos almacenes las mercancías de todo género que habían de enviarse á las Indias y recibir en ellos las que de allí venían; entendiéndose los oficiales que estaban á su frente en la compra y venta de ellas y en los medios de transportarlas. Estos oficiales fueron al principio un tesorero, un contador y un factor, no solo encargados de tan complicadas y extensas operaciones, sino de llevar la cuenta y razón de ellas con exquisitas formalidades que minuciosamente se establecían en estas ordenanzas. El carácter y atribuciones de la Casa de la contratación de Indias se modificaron profundamente, en especial por el espíritu que predominó á partir del reinado del Emperador Carlos V, en el cual llegaron á alcanzar tan grande influencia los juriscónsultos. Ya «por Cédula de 6 de Julio de 1511 se dió facultad á Hernando de Ibarra, Juez de la Audiencia de Grados de Sevilla, para que asistiese en dicha junta, y fué el primer Asesor letrado que tuvo: el 15 del mismo mes y año se nombró otro. En 16 de Julio de 1546 se concedió título de Fiscal al Licenciado Gerónimo Becerra, y parece fué el primero que hubo en ella. En 22 de Julio de 1508 se expidieron los títulos de Jueces letrados de la Casa á los referidos Asesores» (1). En este mismo año de 1503, además de las referidas disposiciones se dictaron otras varias relativas al establecimiento de la Casa de contratación, y entre ellas la Real Cédula dada en Alcalá de Henares el 5 de Junio, mandando á sus oficiales que dicha Casa se estableciera en el Alcázar viejo; disponiendo cómo se había de hacer la contratación de la Mar Pequeña (Africa), y lo relativo á las personas que habían solicitado ir al Golfo de las Perlas. En 30 del mismo mes se mandó por otra Real Cédula que todo lo que se trajese de Indias, Canarias ó Berbería, así oro como plata ó otras mercaderías, lo entregasen al Tesoro de la Casa de la contratación, disposición tomada en cumplimiento de las ordenanzas. En la misma fecha y con el mismo objeto se mandó por otra Real Cédula que toda persona en cuyo poder estuviesen cualesquiera cosas que se hubieran traído de las Indias, acudiesen con ellas á los oficiales de la contratación.

También en Alcalá de Henares, el 4 de Junio de este mismo año, se expidieron dos Reales Cédulas que forman verdaderos reglamentos en que se desarrollan los preceptos contenidos en las ordenanzas; por la una se establece el orden que habían de tener los oficiales de la Casa de la contratación de Sevilla para entender en los negocios de Indias, y por la otra, repitiendo que había de haber en ella un factor, un Tesorero y un Escribano, se dispone que las mercaderías que el Tesoro reciba sea ante el factor y el escribano y de la manera que por las ordenanzas estaba mandado; y que los patrones de las naos traigan certificaciones de las cosas que transportaban. Ya en Madrid el 26 de Julio y también en cumplimiento de lo que disponían las ordenanzas, se expidió Real Cédula á los oficiales de la Casa de contratación para que se labrase todo el oro que viniera de las Indias ú otras partes, con el objeto de destinar la moneda así acuñada al pago de los libramientos que sobre aquellas cajas se expidiesen para los gastos de las cosas de las Indias y aun para otras atenciones.

No dejaremos de llamar la atención á este propósito acerca del aumento que desde esta época empezaron á tener los metales preciosos, y por consecuencia la circulación monetaria; por tanto, se inició entonces la depreciación de dichos metales, con todas las consecuencias económicas que de esto se originaron. Para concluir las noticias más curiosas sobre el establecimiento de la Casa de contratación de Indias diremos que los primeros oficiales de ella fueron: el Dr. Sancho de Matienzo, Canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla; Francisco Pinelo, Jurado y fiel ejecutor de dicha ciudad, y Jimeno de Bribiesca.

Tales fueron las primeras leyes que determinaron la forma y condiciones con que se establecieron y desarrollaron los estados españoles del Nuevo Mundo.

ANTONIO MARÍA FABIE.

(1) Garna. Teatro universal de España, tomo IV, pág. 314.

## LAS ROSAS ANDINAS

### RIMAS

#### I

En el libro lujoso se advierten  
Las rimas triunfales.  
Bizantinos mosaicos, pulidos  
Y raros esmaltes;  
Fino estuche de artísticas joyas,  
Ideas brillantes;  
Los vocablos unidos á modo  
De ricos collares,  
Las ideas formando en el ritmo  
Sus bellos engarces,  
Y los versos como hilos de oro  
Do irisadas tiemblan  
Perlas orientales.  
¡Y mirad! En las mil filigranas  
Hallaréis alfileres punzantes;  
Y en la pedrería  
Trémulas facetas  
De color de sangre.

#### II

Amada, la noche llega,  
Las ramas que se columpian  
Hablan de las hojas secas  
Y de las flores difuntas.  
Abre tus labios de ninfa,  
Dime en tu lengua de musa:  
¿Recuerdas la dulce historia  
De las pasadas venturas?  
¡Yo la recuerdo! La niña  
De la cabellera bruna,  
Está en la cita temblando,  
Llena de amor y de angustia.  
Los efluvios otoñales  
Van en el aura nocturna,  
Que hace estremecerse el nido  
En que una tórtola arrulla.  
Entre las ansias ardientes  
Y las caricias profundas,  
Ha sentido el galán celos  
Que el corazón le torturan.  
Ella llora; él la maldice,  
Pero las bocas se juntan...  
En tanto, los aires vuelan  
Y los aromas ondulan,  
Se inclinan las ramas trémulas  
Y parece que murmuran  
Algo de las hojas secas  
Y de las flores difuntas.

#### III

En la pálida tarde se hundía  
El sol en su ocaso,  
Con la faz rubicunda en un nimbo  
De polvo dorado.

En las aguas del mar, una barca,  
Bogando, bogando,  
Al país de los sueños volaban  
Amada y amado.

Á la luz del poniente, en las olas  
Quebrada en mil rayos,  
Parecían de oro bruñido  
Los remos mojados.

Y en la barca graciosa y ligera,  
Bogando, bogando,  
Al país de los sueños volaban  
Amada y amado.

¿Qué fué de ellos? No sé. Yo recuerdo  
Que después del crepúsculo pálido,  
Aquel cielo se puso sombrío  
Y el mar agitado.

#### IV

Allá en la playa quedó la niña.  
¡Arriba el ancla! ¡Se va el vapor!  
El marinero canta entre dientes.  
Se hunde en el agua trémula el sol.  
¡Adiós! ¡Adiós!

Sola, llorando sobre las olas  
Mira que vuela la embarcación.  
Aun me hace señas con el pañuelo  
Desde la piedra donde quedó.  
¡Adiós! ¡Adiós!

Vistió de negro la niña hermosa.  
¡Las despedidas tan tristes son!  
Llevaba suelta la cabellera  
Y en las pupilas llanto y amor.  
¡Adiós! ¡Adiós!

#### V

Una noche  
Tuve un sueño,  
Luna opaca,  
Cielo negro.  
Yo en un triste  
Cementerio  
Con la sombra  
Y el silencio.  
En sudarios

Medio envueltos,  
Descarnados  
Esqueletos,  
Muy afables  
Y contentos,  
Mi visita  
Recibieron.  
Indagaron  
Los sucesos  
Que pasaban  
Ese tiempo,  
Las maniobras  
Del ejército,  
Los discursos  
Del Congreso,  
De la Bolsa  
Los manejos,  
Y reían  
De todo eso.  
Con sorpresa  
Supe de ellos  
Que gustaban  
De los versos  
Que en mis dudas  
Y en mis celos  
Á mi amada  
Siempre ofrezco.  
¡Que sabían  
Me dijeron  
Ya la historia  
De los besos!...  
Y se hacían  
Muchos gestos  
Y ademanes  
Picarescos.  
Y reían  
Con extremos  
Entre el ruido  
De sus huesos.  
En seguida  
Refirieron  
Que se siente  
Mucho hielo  
En las noches  
Del invierno,  
En las fosas  
De los muertos.  
Despedime.  
¡Muy correctos  
Los saludos  
Que me hicieron!  
Salí al campo.  
Miré luego  
Luna opaca,  
Cielo negro.  
Muy ufano  
Dice el médico  
Que la causa  
De estos sueños  
Se halla toda  
Por mis nervios  
Y en el fondo  
Del cerebro.

#### VI

Hay un verde laurel. En sus ramas,  
Un enjambre de pájaros duerme  
En mudo reposo  
Sin que el beso del sol los despierte.

Hay un verde laurel. En sus ramas,  
Que el terral melancólico mueve,  
Se advierte una lira  
Sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera al influjo sagrado  
De un soplo celeste,  
Despertar en el árbol florido  
Las rimas que duermen!

¡Y flotando en la luz el espíritu,  
Mientras arde en la sangre la fiebre,  
Como «un himno gigante y extraño»  
Arrancar á la lira de Becquer!

#### VII

Llegué á la pobre cabaña  
En días de primavera;  
La niña, triste, cantaba,  
La abuela hilaba en la rueca.  
—Buena anciana, buena anciana,  
Bien haya la niña bella  
A quien desde hoy amar juro  
Con mis ansias de poeta.—  
La abuela miró á la niña,  
La niña sonrió á la abuela.  
Fuera, volaban gorriónes  
Sobre las rosas abiertas.

Llegué á la pobre cabaña  
Cuando el gris otoño empieza.  
Oí un ruido de sollozos  
Y sola estaba la abuela.  
—Buena anciana, buena anciana;—  
Me mira y no me contesta.  
Yo sentí frío en el alma  
Cuando vi sus manos trémulas,  
Su arrugada y blanca cofia,  
Sus fúnebres tocas negras.  
Fuera, las brisas errantes  
Llevaban las hojas secas.



FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.<sup>o</sup>

MADRID.—MONUMENTO A ISABEL LA CATÓLICA EN EL PASEO DE LA CASTELLANA

IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA



F. Sans lo pintó.

ALEGORIA DE LA ISLA DE CUBA

TECHO DEL PALACIO DE LOS DUQUES DE SANTONA EN MADRID

Fotog. de J. Laurent y C.ª

VIII

Yo quisiera cincelarte  
Una rima  
Delicada y primorosa  
Como un áurea margarita;  
O cubierta de irisada  
Pedrería,  
O como un joyel de Oriente  
O una copa florentina.

Yo quisiera poder darte  
Una rima  
Como el collar de Zobeida  
El de perlas ormuzinas  
Que huelen como las rosas  
Y que brillan  
Como el rocío en los pétalos  
De la flor recién nacida.

Yo quisiera poder darte  
Una rima  
Que llevara la amargura  
De las hondas penas mías,  
Entre el oro del engarce  
De las frases cristalinas.

Yo quisiera poder darte  
Una rima  
Que no produjera en ti  
La indiferencia ó la risa,  
Sino que la contemplaras  
En su pálida alegría,  
Y que después de leerla...  
Te quedaras pensativa.

IX

Tenía una cifra  
Tu blanco pañuelo,  
Roja cifra de un nombre que no era  
El tuyo, mi dueño.

La fina batista  
Crujía en tus dedos.  
¡Qué bien luce en la albura la sangrel...  
Te dije riendo.

Te pusiste pálida.  
Me tuviste miedo...  
¿Qué miraste? ¿Conoces acaso  
La risa de Otelo?

X

En tus ojos, un misterio,  
En tus labios, un enigma,  
Y yo fijo en tus miradas  
Y extasiado en tus sonrisas.

XI

Voy á confiarte, amada,  
Uno de los secretos  
Que más me martirizan. Es el caso  
Que á las veces mi ceño  
Tiene en un punto mismo  
De cólera y esplin los fruncimientos.  
O callo como un mudo,  
O charlo como un necio,  
Salpicando el discurso  
De burlas, carcajadas y dicterios.  
¿Que me miran? Agravio.  
¿Me han hablado? Zahiero.  
Medio loco de atar, medio sonámbulo,  
Con mi poco de cuerdo.  
¡Cómo bailan en ronda y remolino  
Por las cuatro paredes del cerebro  
Repicando á compás sus consonantes.  
Mil endiablados versos  
Que imitan en sus cláusulas y ritmos  
Las músicas macabras de los muertos!  
¡Y cómo se atropellan  
Para saltar á un tiempo,  
Las estrofas sombrías  
De vocablos sangrientos,  
Que me suele enseñar la musa pálida,  
La triste musa de los días negros!  
Yo soy así. ¡Qué se hace! ¡Boberías  
De soñador neurótico y enfermo!  
¿Quieres saber acaso  
La causa del misterio?  
Una estatua de carne  
Me envenenó la vida con sus besos.  
Y tenía tus labios, lindos, rojos,  
Y tenía tus ojos, grandes, bellos...

XII

¿Que no hay alma? ¡Insensatos!  
Yo la he visto: es de luz...  
(Se asoma á tus pupilas  
Cuando me miras tú.)

¿Que no hay cielo? ¡Mentira!  
¿Queréis verle? Aquí está.  
(Muestra, niña gentil,  
Ese rostro sin par,  
Y que de oro lo bañe  
El sol primaveral.)

¿Que no hay Dios? ¡Qué blasfemia!  
Yo he contemplado á Dios...  
(En aquel casto y puro  
Primer beso de amor,  
Cuando de nuestras almas  
Las nupcias consagró.)

¿Que no hay infierno? Sí, hay...  
(Cállate, corazón,  
Que esto bien, por desgracia,  
Lo sabemos tú y yo.)

XIII

Veo en tus ojos el alma  
Como una explosión de luz,  
Y si me miras, el cielo  
Veo en tu pupila azul.

Creo en Dios cuando sonrías  
Para mí, con dulce amor;  
Pero ¡ay! si miras á otro,  
Sólo creo en mi dolor.

XIV

—Allá está la cumbre,  
¿Qué miras?—Un astro.  
—¿Me amas?—¡Te adoro!  
—¿Subimos?—¡Subamos!

¿Qué ves?—Una aurora  
Fugitiva y pálida.  
—¿Qué sientes?—Anhelo.  
—Esa es la esperanza.

¡Qué alientos de vida!  
¡Qué fuegos de sol!  
¡Qué luz tan radiante!  
—¡Ese es el amor!

—¿Qué ves á tus plantas?  
—Un profundo abismo.  
—¿Tiemblas?—Tengo miedo...  
—¡Ese es el olvido!

Pero no tiembles ni temas:  
Bajo el sacro cielo azul,  
Para el que ama no hay abismos  
Porque tiene alas de luz.

XV

El ave azul del sueño  
Sobre mi frente pasa;  
Tengo en mi corazón la primavera  
Y en mi cerebro el alba.  
Amo la luz, el pico de la tórtola,  
La rosa y la campánula,  
El labio de la virgen  
Y el cuello de la garza.  
¡Oh, Dios mío, Dios mío!...  
Sé que me ama...

Cae sobre mi espíritu  
La noche negra y trágica;  
Busco el seno profundo de sus sombras  
Para verter mis lágrimas.  
Sé que en el cráneo puede haber tormentas,  
Abismos en el alma  
Y arrugas misteriosas  
Sobre las frentes pálidas.  
¡Oh, Dios mío, Dios mío!...  
Sé que me engaña.

XVI

Más luz, más alegría  
Hoy tiene la mañana;  
Siento un mundo de amor que canta y ríe  
En el verjel del alma.  
Proyectos mil me pinta halagadora  
La mágica esperanza,  
Y brotan sin esfuerzo  
De mis labios las rimas encantadas.  
¡Oh, placer!... ¡Oh, Dios mío!...  
¡Sé que me ama!

Vacila herido el día,  
La noche negra avanza,  
Sobre mi corazón tiende su sombra  
Y mi esperanza apaga.  
Todo está triste en torno, el aire gime,  
El cielo tiene lágrimas,  
La tormenta se acerca,  
Las rimas en mi pecho ya no cantan.  
¡Oh, dolor!... ¡Oh, Dios mío!...  
¡Sé que me engaña!

RUBÉN DARÍO.

EN EL VAGÓN

El sol iba á desaparecer detrás de la gran cadena de montañas en que el Puy-de-Dôme es el gigante, y la sombra de las simas se extendía en el profundo valle de Royat.

Algunas personas se paseaban en el parque, alrededor del kiosco de la música. Otras seguían aún sentadas, por grupos, á pesar del fresco de la tarde.

En uno de aquellos grupos se hablaba con animación de un grave negocio que atormentaba mucho á las señoras de Sarcagnes, de Vaulacelles y de Bridoie.

Dentro de algunos días empezaban las vacaciones, y se trataba de que vinieran sus hijos, que se estaban educando con los jesuitas y los dominicos.

Las mamás no tenían ganas de emprender un viaje para recoger á sus hijos, y no conocían á nadie que pudiera encargarse de esta misión tan delicada.

Su cuidado aumentaba desde que habían circulado noticias acerca de un atentado contra las costumbres, ocurrido algunos días antes en un vagón. Y aquellas señoras estaban persuadidas que todas las *vengadoras* de la capital pasaban su vida en el expreso entre Auvernia y la estación de Lyon.

Era un ir y venir continuo de *traviattas* por esta maldita línea. Y las pobres mujeres se lamentaban de que el acceso á las estaciones no estuviera prohibido á las mujeres sospechosas.

Roger de Sarcagnes tenía quince años, Gontrán de Vaulacelles trece y Rolando de Bridoie once. ¿Qué hacer? Mas no podían exponer á sus queridos hijos al contacto de tales criaturas. ¿Qué no podían ver? ¿Qué no podrían oír pasando un día entero ó una noche en un compartimiento en que estarían quizá una ó dos de aquellas locas con uno ó dos de sus compañeros?

La situación parecía no tener salida, cuando pasó la señora de Martinsec y se acercó á dar las buenas tardes á sus amigas, que le contaron sus angustias.

—Pues es muy sencillo,—dijo,—yo les prestaré á ustedes al sacerdote que educa á mi hijo. Lo puedo dejar por cuarenta y ocho horas, y la educación de Rodolfo no se comprometerá por tan poco. El irá á buscar á los pollitos y se los traerá á ustedes.

Se decidió que el padre Lecuir, un joven sacerdote muy instruido, preceptor de Rodolfo de Martinsec, iría á París á la mañana siguiente en busca de los tres jóvenes.

El abate partió el viernes, y se encontró en la estación de Lyon el domingo por la mañana para tomar con sus tres chicos el expreso de las ocho.

Se paseaba sobre el asfalto del andén, seguido de sus colegiales como una gallina de sus polluelos, y buscaba un compartimiento vacío ó ocupado por personas de aspecto respetable, pues tenía la cabeza llena de todas las recomendaciones minuciosas que le habían hecho las señoras de Sarcagnes, de Vaulacelles y de Bridoie.

De pronto vió delante de una portezuela un señor anciano y una señora de cabellos blancos que hablaban con otra señora instalada en el interior del vagón. El señor era oficial de la Legión de honor, y estas personas tenían el aspecto más respetable.

—Esto es lo que necesito,—pensó el abate.

Hizo subir á los tres colegiales y les siguió. La anciana señora decía:

—Sobre todo, cuidate mucho, hija mía.

La joven respondió:

—Sí, sí, mamá, no temas nada.

—Llama al médico en seguida que te sientas indispueta.

—Sí, sí, mamá.

—Vamos, adiós, hija mía.

—Adiós, mamá.

Después se dieron un fuerte abrazo, luego un empleado cerró la portezuela y el tren se puso en marcha.

Estaban solos. El sacerdote, encantado, se felicitaba de su suerte y se puso á hablar con los jóvenes que acompañaba. Había convenido el día de su marcha que la señora de Martinsec le autorizaría á dar repaso durante las vacaciones á sus tres muchachos, y quería sondear un poco la inteligencia y el carácter de sus nuevos discípulos.

Roger de Sarcagnes, el mayor, era uno de esos chicos altos que crecen muy de prisa, delgados y pálidos, y cuyas articulaciones no parecen soldadas del todo.

Hablaba lentamente, de una manera sencilla.

Gontrán de Vaulacelles, por el contrario, era bajito, rechoncho, cazarro, solapado, bromista. Se burlaba siempre de todo el mundo, tenía palabras de hombre, réplicas de doble sentido que preocupaban á sus padres.

El más joven, Rolando de Bridoie, no parecía mostrar aptitud por nada. Era un pequeño animalito que se parecía á su papá.

El sacerdote les había dicho que serían sus discípulos durante los dos meses de verano, y les predicó un sermón muy sentido sobre los deberes que tenían para con él, sobre la manera y método que emplearía con ellos.

Era un sacerdote de alma recta y sencilla, un poco hablador y lleno de sistemas.

Su discurso fué interrumpido por un profundo suspiro que exhaló su vecina. Volvió la cabeza hacia ella. La joven seguía sentada en su rincón, los ojos fijos, las mejillas un poco pálidas. El sacerdote volvió á sus discípulos.

El tren corría á toda velocidad, atravesando llanuras, bosques, pasando bajo los puentes y sobre los puentes, sacudiendo con su trepidación trémula á los viajeros encerrados en los vagones.

De pronto la mujer dió un grito, un ¡ay! de sufrimiento rápidamente reprimido.

El sacerdote, inquieto, le preguntó:

—¿Está usted indispueta, señora?

La joven le contestó:

—No, no, señor cura, no es nada; un ligero dolor; no es nada. Estoy algo delicada hace algún tiempo y el movimiento del tren me fatiga.



Su cara se había puesto lívida, en efecto.

El sacerdote insistió:

—Si yo puedo hacer algo por Ud., señora...

—¡Oh, no! nada, señor; se lo agradezco.

El sacerdote volvió á su conversación con sus discípulos.

Las horas pasaban.

El tren se paraba de tiempo en tiempo; después volvía á marchar.

La joven parecía dormir metida en su rincón. Habían pasado muchas horas y no había comido nada.

El sacerdote pensaba:

—Esta joven no debe estar muy enferma.

No faltaban más que dos horas de camino para llegar á Clermont-Ferrand, cuando la viajera se puso bruscamente á gemir.

Habíase dejado caer de su asiento, y apoyada en sus manos, los ojos extraviados, las facciones crispadas, repetía:

—¡Oh Dios mío! ¡oh Dios mío!

El sacerdote se lanzó hacia ella.

—Señora... señora..., ¿qué tiene Ud.?

La joven balbuceó:

—Yo... yo... creo que... que... voy á dar á luz.

Y empezó á gritar de un modo terrible. Exhalaba quejidos que parecían desgarrar su garganta, gritos de angustia, agudos, de entonación siniestra, que denunciaban la amargura de su alma y la tortura de su cuerpo.

El pobre cura, asombrado, en pie delante de ella, no sabía qué hacer, qué decir, qué intentar, y murmuraba:

—¡Dios mío, si yo hubiera sabido!... ¡Dios mío, si yo hubiera sabido!

El infeliz estaba colorado hasta lo blanco de los ojos; y sus tres discípulos miraban con estupor á aquella mujer tendida que gritaba.

De pronto se retorció, levantó los brazos sobre la cabeza y sufrió una sacudida extraña, una convulsión atroz.

El sacerdote pensó que iba á morir, morir delante de él, privada de socorros y de cuidados, por su falta. Entonces dijo con resolución:

—Voy á ayudar á Ud., señora. Yo no sé... pero la ayudaré como pueda. Debo mi asistencia á toda criatura que sufra.

Después, volviéndose hacia los chicos, les dijo:

—Ustedes van á sacar la cabeza por las ventanillas; y si alguno se vuelve, me copiará mil versos de Virgilio.

Bajó él mismo los tres cristales, y asomó por ellos las tres cabezas. les echó sobre el cuello las cortinillas azules, y repitió:

—Si hacen Uds. un solo movimiento, quedarán privados de paseo durante todas las vacaciones, y no olviden que yo no perdono jamás.

Y se volvió hacia la joven, remangándose las mangas de la sotana.

La señora gemía siempre, y por momentos gritaba. El sacerdote, con la faz color carmesí, la asistía, la exhortaba, y sin cesar levantaba los ojos hacia los tres chicos, que arrojaban miradas furtivas, pronto separadas, hacia la misteriosa tarea que cumplía su nuevo preceptor.

—Señor de Vaulacelles, me copiará Ud. veinte veces el verbo «desobecer»,—gritaba éste... Señor de Bridoie, se quedará Ud. sin postres durante un mes.

De pronto la joven cesó en su queja persistente, y casi en seguida un grito débil y extraño, que parecía un ladrío y un maullido, hizo volverse, de un solo movimiento, á los tres colegiales, persuadidos de que acababan de oír á un perro recién nacido.

El sacerdote tenía en sus manos un niño desnudo y lo miraba con ojos extraviados. Parecía contento y desolado, dispuesto á reír y dispuesto á llorar; hubiérasele creído loco: tantas cosas decía su cara en el juego rápido de sus ojos, sus labios y sus mejillas.

Después dijo, como si hubiera anunciado á sus discípulos una gran noticia:

—Es un niño.

Luego añadió:

—Señor de Sarcagnes, deme Ud. la botella de agua que está en la red... Bueno... Destápela usted... Muy bien. Viértame Ud. algunas gotas en la mano, sólo algunas gotas. Perfectamente.

Y derramó este agua sobre la frente desnuda del pequeño ser que tenía en las manos, pronunciando:

—Yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amén.

El entró en la estación de Clermont. La cara de la señora de Bridoie apareció en la ventanilla. Entonces el sacerdote, perdiendo la cabeza, le presenta la frágil criaturilla que acababa de recoger, murmurando:

—Es de esta señora, que acaba de tener un pequeño accidente en el camino.

Parecía haber recogido el niño en una alcantarilla; y con los cabellos mojados de sudor, la sotana al hombro, la ropa manchada, repetía:

—Los niños no han visto nada, yo respondo. Miraban los tres por la ventanilla, yo respondo. No han visto nada.

Y bajó del compartimiento con cuatro muchachos en lugar de tres que había ido á buscar, mientras que las señoras de Bridoie, de Vaulacelles y de Sarcagnes, lívidas, cambiaban miradas

locas sin encontrar una sola palabra que decir.

Por la noche las tres familias comían juntas para festejar la llegada de los colegiales. Pero casi no se hablaba, pues todos parecían preocupados.

De pronto, el más joven, Rolando de Bridoie, preguntó:

—Di, mamá, ¿dónde ha encontrado el padre aquel niño?

—La madre no respondió directamente.

—Vamos, come, y déjanos en paz con tus preguntas.

Callóse algunos minutos; después dijo:

—No había nadie más que aquella señora que tenía malo el vientre. ¿Será el padre prestidigitador, como Robert Houdin, que hace salir una pecera con peces bajo una alfombra?

—Cállate, niño; es el buen Dios que lo ha enviado.

—Pero ¿dónde lo había puesto el buen Dios? Yo no vi nada. ¿Entró por la ventanilla, di?

La señora de Bridoie, impaciente, replica:

—Vamos, se acabó, cállate; ha venido en una col, como todos los niños; bien lo sabes.

—Pero si no había tales coles en el vagón...

Entonces, Gontrán de Vaulacelles, que escuchaba con aire picaresco, sonrió y dijo:

—Sí, había una col. Pero no la ha visto nadie más que el señor cura.

GUY DE MAUPASSANT.

## ¡JUSTICIA!

Surge el delito en la social esfera manchando en lodo y sangre cuanto toca; el pueblo á voces la justicia invoca y habla la ley con su dicción severa; viste la toga el juez... si el pueblo espera rectitud en el fallo, se equivoca; que en tanto el magistrado es dura roca, y en tanto el juzgador es blanda cera. Hacer de la justicia sombra vana y hacer también de la igualdad un mito logra la torpe corrupción insana... ¡Juzgadores, atrás! ¡Atrás, repito! que así entendida, la justicia humana es el germen fecundo del delito.

M. PÉREZ DE LA MANGA.

## CRISTÓBAL COLÓN

(Continuación.)

ENTRE las jóvenes indias cautivas de las islas vecinas y que estaban á bordo de las galeras, había una llamada Catalina, cuya hermosura había enamorado un cacique, el cual había visitado el navío Almirante. Entre este cacique y el objeto de su amor se tramó un complot, recurriendo á signos que los europeos no comprendían. Al llegar la noche, Colón mandó izar anclas, y Catalina y sus amigas, burlando la vigilancia de sus tiranos, se precipitaron á las ondas; perseguidas en vano por las lanchas españolas, nadaron en dirección á la playa, donde el cacique, para que les sirviese de guía, había levantado una hoguera. Los dos amantes, reunidos por este prodigio de fuerza y de destreza, se refugiaron en las selvas al abrigo de la cólera de los europeos.

Desembarcando en una playa virgen á alguna distancia del fuerte, Colón fundó la ciudad de Isabela, contrajo relaciones de amistad con los indígenas, levantó, cultivó y gobernó la primera colonia europea que había de dar nacimiento á tantas otras, dispuso que sus hombres de armas visitaran los montes y los llanos de la Española, sujetó con buenas y suaves leyes las diferentes tribus que poblaban aquellas vastas regiones, levantó fuertes, abrió caminos y buscó las minas de oro, mucho menos abundantes de lo que él creía en aquel país, que seguía confundiendo con las Indias. Lo que encontró principalmente fueron las inextinguibles riquezas de un suelo pródigo y un pueblo que por su sencillez se prestaba á la servidumbre. Colón envió la mayor parte de sus carabelas á España, con objeto de pedir á sus reyes envíos de gente, de animales, de instrumentos de labranza, de plantas y semillas tan necesarias á la inmensidad del territorio que iba á conquistar, á las costumbres, á la religión y á las artes de la Europa. Pero los ambiciosos, los envidiosos y los descontentos fueron los primeros en embarcarse en la escuadra, sin más objeto que el de sembrar contra su jefe toda suerte de calumnias. Este quedó allí solo, atacado por la gota, sufriendo crueles dolores, viéndose condenado á la inacción del cuerpo mientras su espíritu se hallaba en actividad constante luchando en su naciente colonia con las rivalidades, los complots, las sediciones, los excesos vergonzosos y las carestías que de vez en cuándo tenían que sufrir sus hombres.

Indulgente y magnánimo, Colón, que siempre triunfaba por su fuerza moral de las turbulen-

cias de aquéllos, se limitó á desterrar los más levantiscos á bordo de las naves que seguían fondeadas en la rada. Cuando sanó de su enfermedad, recorrió la isla al frente de algunos hombres escogidos, para buscar en vano las minas de Salomón, pero estudiando al mismo tiempo la naturaleza de la isla, las costumbres de sus habitantes y sembrando en todas partes el amor y respeto de su nombre.

A su regreso encontró los mismos desórdenes, las mismas insubordinaciones y los mismos vicios en su gente. Esta abusaba de la superioridad con que la miraban los indígenas y del terror que les inspiraban sus caballos. Tomaban á éstos por monstruos que hacían una sola pieza con el jinete, y que herían, hollaban y aplastaban á los enemigos de los europeos. Gracias á tal creencia, éstos profanaban, encadenaban, violaban y martirizaban aquel dulce y obediente pueblo. Colón protestó una vez más contra esta tiranía de sus compañeros. Quería iniciarles en la fe, en la industria, en las artes de Europa, y no sujetarlos al vicio, á la tiranía, á la muerte. Luego de restablecer el orden, se hizo á la vela para Cuba. Abordó en ella y costeó por algún tiempo sus playas sin que llegara á los confines de esta isla que siguió tomando por continente. Dirigió el rumbo hacia la Jamaica, otra isla de una extensión inmensa, cuyas cimas se confundían con las nubes. Cruzando en seguida un archipiélago, que bautizó con el nombre de *Jardines de la Reina*, por su riqueza, sus perfumes y la vegetación que lo adornaban, volvió otra vez á Cuba, donde logró establecer algunas relaciones con los indios. Estos presenciaron con una extrañeza mezclada de respeto las ceremonias del culto cristiano que celebraron los europeos en una gruta sombreada de palmeras. Un anciano indígena se acercó, terminada la ceremonia, á Colón, y le dijo con acento solemne:

—«Lo que acabas de hacer me parece bien, porque rindes culto al Dios del Universo. Dicen que vienes á este país con una gran fuerza y una autoridad superior á toda resistencia. Si es así, oye de mis labios lo que nuestros abuelos dijeron á nuestros padres y lo que éstos nos dijeron á nosotros. Después que las almas de los hombres se separan de los cuerpos, gracias á la voluntad de los divinos seres, unas van á un país sin sol y sin árboles y otros á regiones llenas de claridad y de delicias, conforme al premio ó castigo de que se han hecho merecedoras en la tierra. Si tú, pues, debes morir como nosotros, no nos hagas daño, ya que nosotros no te lo hemos hecho.»

Este discurso del viejo indiano, transcrito por Las Casas, prueba que aquellos hombres tenían una religión casi evangélica por la sencillez y pureza de su moral, emanación misteriosa de una naturaleza primitiva que aun no había empañado el vicio, ó de una civilización antigua que iluminaba con puras y resplandecientes claridades sus viejas tradiciones.

Colón, después de un viaje largo y penoso, volvió á la Española. Sus fatigas y ansiedades junto á sus sufrimientos y al peso de los años que no sentía su espíritu, pero que doblegaba sus miembros, habían triunfado por algún tiempo de su genio. Así es que sus marineros le condujeron á Isabela enfermo y casi moribundo. Mas la Providencia, que no le abandonaba, velaba constantemente. Un día, en que perdió el sentido, se encontró al volver en sí frente á frente de su hermano Bartolomé, que permanecía á la cabecera de su lecho. Bartolomé Colón había ido desde Europa á la Española como si tuviera el presentimiento de los riesgos y necesidades en que se hallaba su hermano. Así como Diego Colón era la dulzura de su familia y Cristóbal el genio, Bartolomé era su fuerza. El vigor de su cuerpo era igual al de su alma. Distinguiase por una estatura atlética, un temperamento de hierro, una salud robusta, un aspecto imponente y por el timbre de voz, que dominaba el rumor del viento y de las olas. Marino desde sus tiernos años, soldado y aventurero en el curso de su vida, dotado por la naturaleza y la costumbre de esa audacia que impone la obediencia y de esa justicia que manda aceptar la disciplina, tan capaz de gobernar como de combatir, Bartolomé era el lugarteniente que más podía convenir al Almirante en una ocasión en que la anarquía imperaba, y además de esto era un hermano que profesaba tanto respeto como ternura al que representaba la gloria de su casa. El amor á la familia respondía á Colón de la fidelidad de su segundo. El cariño que unía á los dos hermanos era la mejor garantía de la confianza del uno y de la sumisión del otro. Condenado por su enfermedad á la inacción y el reposo, Colón entregó á su hermano el gobierno y mando de la isla bajo el título de Adelantado. Este, administrador más severo que Cristóbal, inspiró más respeto; pero en cambio hizo brotar más resistencias.

La temeridad y perfidia de Alonso de Ojeda suscitaron sangrientas y desesperadas guerras entre la colonia y los indios. Este intrépido aventurero, que había explotado con algunos jinetes las partes más lejanas é independientes de la isla, persuadió á uno de sus caciques ó reyezuelos que le acompañase con gran número de indios para que pudiera convencerse de la grandeza y poder de los europeos. El cacique, seducido por sus palabras, determinó seguirle. Después de al-

gunos días de marcha y en un alto verificado á orillas de un río, Alonso de Ojeda, abusando de la sencillez del cacique, le mostró unas esposas de reluciente acero, y le dijo que eran los brazaletes con que los reyes de Europa se acostumbraban á adornar ante sus súbditos en las grandes ceremonias. Hizo entrar á su huésped en deseos de adornarse con ellas, de montar luego un corcel á la manera de los europeos y de ofrecerse ante los ojos de sus vasallos con ese pretendido aparato de los monarcas de Europa. Mas no bien el desdichado cacique hubo montado á la grupa del corcel teniendo en sus manos las esposas, cuando los jinetes de Ojeda partieron al galope, arrastrando al prisionero en su carrera, y cruzando la isla, le llevaron á la colonia, donde le mantuvieron con los hierros que él había deseado con tanta inocencia.

Esto dió motivo á una gran insurrección de los indios contra la perfidia de unos extranjeros á quienes habían recibido como huéspedes, como amigos, como bienhechores, como dioses. Tal insurrección dió lugar á represalias por parte de los españoles, que redujeron á la esclavitud á los indios. Después llenaron cuatro bajeles con las víctimas de su codicia y los mandaron á España, donde los vendieron como si se tratase de un rebaño. Compensando así con el precio de estos esclavos la falta del oro que creían recoger á la manera de polvo en aquellas regiones donde no había más que sangre, la guerra sostenida hasta entonces degeneró en cacería. Sólo que en vez de cazar animales se cazaban hombres. Trajéronse perros de Europa, á los cuales se adiestró en la persecución de los indígenas que se refugiaban en las selvas, y oliéndoles, destrozándoles y cogiéndoles por el cuello, auxiliaban la devastación á que los europeos entregaron la comarca.

Restablecido en fin de su larga enfermedad, Colón volvió á apoderarse del gobierno, y arrastrado por las luchas entabladas por los otros, se hizo guerrero y pacificador luego de haber sido navegante; alcanzó sobre los indios batallas decisivas, les sujetó á su yugo, que endulzó con su bondad y su política, y les impuso únicamente un ligero tributo de oro y de frutos de sus comarcas en signo de alianza más bien que de servidumbre. La isla volvió á florecer bajo su moderado y paternal gobierno; pero el infeliz y confiado Guacanigari, que fué el primero en recibir en sus dominios á sus huéspedes, avergonzado y furioso por haber contribuido involuntariamente á la esclavitud de su patria, huyó para siempre á las asperezas del monte, y allí murió libre, para no vivir esclavo bajo las leyes de los que habían abusado de sus virtudes.

Durante la enfermedad de Colón y esas agitaciones en la isla, sus enemigos trabajaban para perderle en el corazón y aprecio de sus reyes. Esto sin embargo, constante Isabel en la admiración que le inspiraba aquel grande hombre, le seguía protegiendo; mas no pudo evitar que la corte enviase á la Española un magistrado investido con poderes secretos, al cual se le autorizó para que informase acerca los supuestos crímenes del virrey, le destituyera del gobierno y lo enviase á Europa si verdaderamente era culpable. Este juez, que se llamaba Aguado, llegó á la Española en ocasión en que el virrey se hallaba al frente de sus hombres en el interior de la isla dedicado á pacificarla y administrarla. Olvidando el reconocimiento que debía á Colón, primer autor de su fortuna, Aguado, sin proceder á información alguna, declaró culpable al Almirante y le destituyó provisionalmente del gobierno. Rodeado y aplaudido por los descontentos, mandó á Colón que fuese á la Isabela, capital de la colonia, y que renunciara sus poderes. Defendido aquél por sus más fieles soldados, hubiese podido resistir las insolentes amenazas de Aguado; pero lejos de esto se inclinó obediente ante el nombre de sus reyes, y entregando á aquél la autoridad que de ellos había recibido, le dejó instruir el odioso proceso que contra él intentaban sus calumniadores y adversarios.

Pero en el momento que su fortuna cedía ante la persecución de estos últimos, le proporcionaba un favor con el cual podía reconquistar el de la corte. Habiendo Miguel Díaz, oficial de sus tropas, matado á uno de sus compañeros en duelo, huyó temiendo el castigo á la parte más lejana y salvaje de la isla. La tribu que en ella vivía se hallaba gobernada por una joven indiana de rara y singular hermosura, viuda de un cacique. Esta mujer concibió por el español fugitivo un amor ardiente y se casó con él; pero Díaz, amado y coronado por ella, no podía sin embargo olvidar su patria, ni disimular la tristeza que le ocasionaba aquel destierro. Un día en que su esposa quería arrancarle el secreto de su melancolía, averiguó que el oro era la pasión de los españoles, y que éstos irían á habitar la comarca si tuviesen la esperanza de encontrar en ella aquel metal que tanto codiciaban. Regocijada la india al saber que de este modo podría conservar á su lado al hombre que tanto amaba, le reveló la existencia de unas minas de oro inextinguibles que se hallaban ocultas en sus montes. Dueño de este secreto, y en la seguridad de que con él obtendría su perdón, Díaz fué al encuentro de Colón, á quien manifestó la existencia de aquel tesoro. Bartolo-

mé, su hermano, partió con Díaz y una escolta en busca de las minas, y á los pocos días llegaron á un valle cuyo río tenía arenas auríferas y en el que las pepitas de oro brillaban en sus rocas. El Almirante hizo levantar un fuerte cerca el mismo, ahondó y ensanchó unas minas que en otro tiempo habían sido ya explotadas, recogió en ellas inmensas riquezas que destinó á sus reyes y se persuadió más y más de que por fin había encontrado el Ofir antiguo. Entonces Díaz, fiel y hondamente agradecido á la joven india á la cual debía su perdón, su fortuna y su dicha, hizo bendecir su unión con ella por los sacerdotes de su culto y gobernó en paz aquella tribu.

Colón, después de este descubrimiento y cediendo sin resistencia á las órdenes de Aguado, se embarcó con su juez, que emprendió rumbo hacia España. Llegó á Cádiz, donde fué recibido por la incredulidad, el reproche y la calumnia. La España que aguardaba prodigios de su gran descubrimiento, no veía llegar de aquella tierra más que aventureros, gente que se quejaba y algunos esclavos, desnudos. El infortunado cacique, siempre sujeto á las esposas de Ojeda y conducido á España al objeto de ofrecerlo como un trofeo viviente á sus reyes, había muerto en la travesía maldiciendo la perfidia de los europeos y la confianza que le habían inspirado.

Colón, armonizando su traje con la tristeza y miseria de su estado, se dirigió á Burgos, donde se hallaba la corte, en hábito de franciscano, ciñendo su cuerpo con una cuerda, lleno de años, de cuidados, de duelos y aflicciones y con los pies desnudos. Parecía que el genio iba á implorar el perdón de la gloria que había adquirido con sus descubrimientos y conquistas. Isabel fué la única que le recibió con tierna piedad, obstinándose en creer en su virtud y sus servicios. Este favor constante, aunque velado, de la reina, sostuvo al Almirante contra las acusaciones é injurias de sus miserables cortesanos. Colón propuso nuevos descubrimientos y conquistas más vastas que las hasta entonces realizadas. Se accedió á confiarle el mando de otra escuadra; pero se le hicieron consumir en sistemáticas lentitudes los pocos años que en su edad ya avanzada podía Dios concederle. La piadosa Isabel, dándole títulos y poderes nuevos, quiso estipular á favor de los indios condiciones de libertad y humanidad que eran muy adelantadas á las ideas de su siglo. El corazón de la mujer desterraba por instinto una esclavitud que la filosofía y la religión no abolieron sino después de cuatro siglos. Por fin, completamente absuelto, Colón volvió á embarcarse, dirigiendo el rumbo á su nueva patria. Mas el odio y la envidia le persiguieron hasta en la misma nave donde había de izar el pabellón de Almirante. Briviesca, tesoro de Fonseca, patriarca de las Indias y enemigo encarnizado de Cristóbal, se deshizo contra él en ultrajes en el mismo instante en que se levantaba el ancla. Colón, que gracias á la fuerza de su voluntad, de su paciencia y á la conciencia de su gran misión se había reprimido hasta entonces, no supo contenerse y estalló por primera vez lleno de indignación y arranque. Ante la postrer ignominia de sus enemigos volvió á ser hombre por un instante, y cayendo desde la altura de su dignidad y con toda la fuerza de un brazo impulsado por el coraje sobre su indigno perseguidor, le derribó en el puente y le desprecó bajo sus plantas. Tal fué el adiós dado por los celos de Europa al hombre que le parecía demasiado feliz ó demasiado grande para que fuese un mortal. Esta venganza de Colón dejó un nuevo resentimiento en el corazón de Fonseca y una nueva acusación que explotaron los enemigos del Almirante. El viento que alejó su nave le alejó también de la playa y de las indignidades de su patria.

Llegado esta vez por otro rumbo á la isla de Trinidad, la explotó y la bautizó, y después de haberla doblado, costeó la verdadera tierra americana cerca la desembocadura del Oricono. La dulzura del agua del mar que probó en aquellas latitudes había de revelar que cuando un río da al Océano una masa de aguas bastante para desalar las suyas, es porque recorre un gran continente; pero Colón desembarcó en aquellas playas sin sospechar que eran las del mundo que buscaba. Las halló silenciosas y desiertas como una tierra que aguarda sus huéspedes. Una lejana humareda que brotaba por encima de los árboles de un bosque, una choza abandonada y algunas huellas en la arena de la playa fué todo lo que halló en el continente americano. Colón no hizo otra cosa que hollarlo y pasar en él una noche bajo la vela que le servía de tienda; pero esto era lo bastante para que pudiese dar su nombre al nuevo mundo.

Zarpó del golfo de Paria, y luego de minuciosas investigaciones sobre aquellos mares, volvió á la isla Española. Sus penas, así del alma como del cuerpo, su larga paciencia en España, la ingratitude de sus compatriotas, el odio de los ministros, las frialdades de Fernando, sus vigilias y trabajos y los achaques de la edad, le habían quebrantado con más rigor y energía que las tempestades y las olas. Sus ojos, fatigados por el insomnio, por el examen de los mapas y la contemplación del firmamento, estaban inflamados; sus miembros, flojos y atacados por la gota, no podían sostenerle; pero su alma estaba sana, y su genio, adivinando el porvenir, le transportaba con el

pensamiento más allá de sus sufrimientos. Bartolomé, su hermano, que durante su ausencia había gobernado la colonia, hubo de ser como antes su apoyo y su consuelo, y no bien sus vigías anunciaron que se descubrían velas en el mar, cuando acudió á recibirle.

Entonces contó á Cristóbal las vicisitudes que durante su ausencia había sufrido la Española. No bien logró establecer en ellas la tranquilidad y la paz, haciendo en su interior diferentes excursiones, los excesos de los españoles y las conspiraciones de sus jefes, echaron por tierra la obra de su vigor y sabiduría. Un superintendente de la colonia llamado Roldán, hombre popular y astuto, se había creado un partido entre los marineros y los aventureros, que eran como la espuma de España lanzada al nuevo mundo. Se había reunido con ellos en una playa opuesta á la de Santo Domingo y entrado en alianzas con los caciques de las tribus. Con esto pudo levantar un fuerte desde el cual desafiaba la autoridad de su legítimo jefe. Testigos los indios de las divisiones que separaban á sus tiranos, se resistieron á pagar su tributo. La anarquía reinaba en todas partes, y únicamente el heroísmo de Bartolomé retenía entre sus manos sus jirones. Ojeda había fletado por su cuenta algunos buques en España, había desembarcado en la costa meridional de la isla, se había unido á Roldán y éste en seguida le había hecho traición, reconociendo otra vez la autoridad del gobernador de la Española. Durante esta anarquía que destrozaba la colonia, un joven español que se llamaba Fernando de Guevara inspiró una ardiente pasión á Anacoana, viuda del cacique que Ojeda se había llevado á España y que había muerto en el viaje. Anacoana era aun joven y se había hecho célebre en su tribu por su gran hermosura y por su talento poético, que hacía de ella la adorada sibila del pueblo. A pesar de la desgracia de que fué víctima su esposo, había concebido grande admiración y una simpatía invencible hacia los españoles. La comarca que ella gobernaba con su hermano se había convertido en un asilo. Anacoana les concedía la hospitalidad, les llenaba de oro y les protegía en sus desgracias. Sus súbditos, más civilizados que los otros indios, vivían en paz, ricos y felices, al amparo de sus leyes. Roldán, que gobernaba parte de la isla sometida á la india, se sentía celoso por la influencia que Fernando de Guevara ejercía en su corte. Así es que le ordenó que se embarcara. Guevara, retenido por la india, no quiso obedecerle y conspiró contra Roldán; mas sorprendido por los soldados de éste en la vivienda de Anacoana, fué conducido á Isabela para que se le juzgase. Una expedición que salió de la capital de la colonia bajo el pretexto de recorrer la isla, fué perfectamente recibida en la corte de la princesa. El jefe de aquella, abusando de la confianza y hospitalidad de Anacoana, hizo que ésta invitase á treinta caciques de tribus que estaban situadas al mediodía de la isla á las fiestas que se iban á celebrar para obsequiar á los extranjeros. Mientras los indios se entregaban á sus bailes y festines, los españoles conspiraban al objeto de esparcir entre ellos la muerte y el incendio. Convidaron á la reina, á su hija, á los treinta caciques y al pueblo, á contemplar las evoluciones que debían hacer con sus caballos simulando un combate ó una especie de torneo. De pronto los jinetes hendieron la muchedumbre que se había reunido sin armas y con objeto de presenciar la fiesta en la plaza y la acuchillaron y aplastaron con los pies de sus corceles. Rodeando luego con su infantería el palacio de Anacoana, lo incendiaron cuando se sentía aún en él el vapor del festín á que se habían sentado por invitación de aquella reina, y contemplaron cómo la joven espiraba entre las llamas invocando sobre ellos la venganza de los dioses.

Este crimen contra la hospitalidad, contra la inocencia, contra la soberanía, contra la belleza y el genio de que Anacoana era símbolo entre los indios, esparció tanto horror é indignación en la isla, que Colón no pudo triunfar de ellos á pesar de toda su virtud y su política. Las llamas y la sangre del palacio de aquella reina cuya belleza les deslumbraba y cuyos nacionales cantos les embriagaban de amor y entusiasmo, se elevaron para siempre entre los opresores y los oprimidos. La isla se convirtió en un destierro, en un campo de matanza, en un cementerio de los desgraciados indios. Los españoles, tan fanáticos en su proselitismo como intransigentes en su avidez y su codicia, preludiaron en aquellas regiones los excesos con los cuales más tarde habían de despoblar á Méjico. Aquellas dos razas, al darse un abrazo, se ahogaron.

Mientras Colón estudiaba los medios para reparar y devolver la calma á uno y otro pueblo, el Rey católico, mal informado por sus numerosos enemigos de las desgracias de la isla, imputaba estas últimas al hombre empeñado en evitarlas. Cristóbal Colón había rogado á la corte que le enviase un magistrado de elevado rango para que con su autoridad y sus fallos dominara á sus indisciplinados compañeros. El Rey le envió á Bobadilla, hombre íntegro, pero fanático y de indomable orgullo. La autoridad mal definida con que se hallaba investido por el decreto real le subordinaba y le hacía superior á cualquier otro

poder á un mismo tiempo. Al llegar á la isla, y hallándose muy prevenido contra el Almirante, ordenó que inmediatamente se presentase ante él como acusado y le mandó cargar de cadenas por sus mismos soldados. Acostumbrados éstos al respeto y amor que siempre les había inspirado su jefe, el cual se les había hecho más venerable por su gloria y por sus años, permanecieron inmóviles ante las órdenes de Bobadilla, como si éste les hubiese mandado la ejecución de un sacrilegio. Pero Colón, tendiendo sus manos á las esposas y sus pies á los grilletes, se dejó atar por uno de sus servidores llamado Espinosa, verduugo voluntario, miserable estipendiado, del cual Las Casas nos ha conservado el nombre como un tipo de ingratitude y de insolencia.

Colón, dispuso asimismo que sus dos hermanos, Bartolomé y Diego, que estaban en el interior de la isla al frente de su ejército, depusiesen las armas y se sometiesen á su juez sin resistencia. Encerrado en un calabozo de la Isabela, tuvo que sufrir durante muchos meses la instrucción de su proceso, donde todos sus enemigos, convertidos en acusadores, descargaron sobre él las más viles y odiosas calumnias. Siendo objeto de público sarcasmo, el célebre navegante oía desde el fondo de su cárcel las feroces burlas y la gritería de sus perseguidores, que todas las noches iban á insultar su cautiverio. A cada instante le parecía que iba á entrar su verdugo. Bobadilla, sin embargo, no tuvo valor para mandárselo, pero dispuso que el Almirante fuese expulsado de la colonia y enviado á España á fin de que el Rey hiciese en él justicia. Alonso de Villejo fué encargado de su guarda en aquel viaje. Era éste un hombre de gran corazón, fiel á la disciplina militar y misericordioso hasta en la misma obediencia. Cuando Colón le vió entrar en su mazmorra, creyó que había llegado su último día.

—¿Adónde me conducís?—preguntó, interrogando con su voz y con sus ojos al oficial.

—A las naves, donde seréis embarcado,—le respondió Villejo.

—¿Dónde seré embarcado?—interrogó Colón, que no podía creer aquel mensaje que le devolvía una existencia que consideraba ya perdida;—¿no me engañáis, Villejo?

—No, señor Almirante,—replicó el oficial;—juro que digo la verdad.

Villejo dió el brazo á Colón y le hizo subir á bordo, llevando aun sus cadenas y perseguido por los insultos de una vil y cobarde muchedumbre.

Mas no bien se levantó el ancla, cuando Villejo y Andrés Martín, capitanes de la nave que se había convertido en calabozo flotante del célebre marino, se acercaron á él seguidos por toda la tripulación al objeto de quitarle sus cadenas, que eran para Colón un signo de obediencia á sus reyes y de iniquidad para los hombres; pero aquel rechazó obstinadamente el que le aliviaran de ellas, diciendo:

—No; mis soberanos dispusieron que yo obedeciese á Bobadilla y éste me ha cargado de cadenas en su nombre. Las llevaré hasta que ellos mismos las quiten, y las conservaré,—añadió con amargura y tristeza, como un monumento de la recompensa que los hombres han concedido á mis servicios.

Su hijo cuenta, lo mismo que Las Casas, que el Almirante cumplió religiosamente esta promesa: tuvo siempre colgadas ante sus ojos aquellas cadenas en todas las habitaciones donde vivió el resto de su vida, y hasta dispuso en su testamento que le enterrasen con ellas en su féretro, bien como si tratase de apelar ante Dios de la injusticia é ingratitude de sus contemporáneos y presentar al cielo las pruebas materiales de la ingratitude é iniquidad de la tierra.

Mas los odios de los partidos no cruzaron entonces los mares. El despojo de su gobierno, el cautiverio sufrido por el Almirante y las cadenas con que se rodeó su cuerpo, sublevaron la indignación de Cádiz. Al ver aquel anciano que había regalado un mundo á su patria, traído de aquel modo como si fuese un criminal vil y miserable, todos los corazones hubieron de sublevarse contra el torpe Bobadilla. Isabel, que se hallaba entonces en Granada, vertió lágrimas por tal indignidad, é inmediatamente ordenó que sus cadenas fuesen reemplazadas por ricos y espléndidos vestidos y que sus carceleros fuesen sustituidos por una escolta de honor. Llamóle á su corte, y el Almirante cayó á sus pies sin que sus sollozos le permitiesen pronunciar una frase. Ni el Rey ni la Reina se dignaron examinar el proceso que contra él se había formado: sus virtudes y el respeto que les inspiraba le absolvían. Hicieron que Colón permaneciese con ellos en la corte, y enviaron á la Española y como gobernador á un tal Ovando con el encargo de sustituir la autoridad de Bobadilla. Ovando era un hombre íntegro, pero carecía de grandeza de alma. Era uno de esos caracteres en que todo se ofrece de un modo estrecho y mezquino y en que la honradez se parece á una parsimonia de la naturaleza. Con tales condiciones no podía suplir las de un grande hombre. Recibió de Isabel órdenes para proteger á los indios y no permitir que se les vendiera como esclavos. La parte de las rentas asignadas á Colón en los tratados debía serle enviada á España, así como los tesoros de que le había desposeí-

do Bobadilla. Una escuadra de treinta velas condujo al nuevo gobernador á la Española.

Insensible Colón á la vejez, y no siendo ya víctima de persecuciones, sentíase impaciente en su reposo y entre los honores que le dispensaban los reyes. Vasco de Gama acababa de descubrir el camino de las Indias por el cabo de Buena Esperanza. El mundo se había quedado admirado y sorprendido ante el descubrimiento del marino portugués. Una noble rivalidad trabajaba el espíritu del de Génova. Convencido de que el globo tenía una forma redonda creía llegar á sus extremos del Este navegando recto hacia Oriente. Solicitó de la corte de España el mando de una cuarta expedición, y se embarcó en Cádiz el 19 de Mayo de 1502. Este fué su último viaje. Su hermano Bartolomé y su hijo Fernando le acompañaban. Su flota la formaban cuatro navicillas propias para navegar en las costas y fondear sin gran riesgo en las bahías y en las embocaduras de los ríos que se proponían explorar. Su tripulación se componía de ciento cincuenta marineros. Por más que frisara ya en los setenta años, su verde vejez resistía por el temple de su alma el peso de los años. Ni sus achaques ni la perspectiva de la muerte hubieron de asustarle.

«El hombre, decía, es un instrumento que debe romperse en su obra y en manos de la Providencia que se sirve de él para sus designios. Mientras el cuerpo puede, el alma debe mostrarse exigente.»

Se proponía abordar en la Española para renovar sus vituallas, á cuyo objeto había pedido á la corte la autorización correspondiente. Franqueó el Océano en medio de tempestades y llegó á la isla con sus palos rotos, sin agua y sin provisiones. Su saber en cosas de la mar presagiaba un huracán mucho más terrible que los que había sufrido. Envió una chalupa al gobernador Ovando, pidiéndole licencia para guarecerse en la rada de la Isabela. Preveyendo los riesgos que el Océano iba á desencadenar en aquellas costas, Colón, en su carta á Ovando, le aconsejaba que detuviera la salida de una numerosa escuadra que iba á partir cargada con todos los tesoros del Nuevo Mundo en dirección á España. Ovando negó desapiadadamente el asilo que por un momento le pedía el célebre marino, el cual se alejó de allí buscando un abrigo en otras bahías de la isla que él mismo había descubierto. En una de ellas aguardó la tormenta que había predicho á Ovando. Aquella sumergió en las profundidades del Océano la flota del gobernador, junto con sus tesoros y un millar de tripulantes. Colón hubo de resistirla en la bahía donde se había guarecido, y al saber la triste suerte de la escuadra, no pudo menos de llorar la pérdida de tantos hombres. Luego dejó aquella inhumana tierra, cruzó en frente de la Jamaica y desembarcó en la bahía de Honduras.

Allí tuvo que sufrir sesenta días de una tempestad continuada, yendo del continente á las islas y de éstas al continente, y á punto de naufragar en aquellas desconocidas playas cuya conquista le disputaban las borrascas.

Al llegar á la desembocadura de un río, que bautizó con el nombre de playa del Desastre, perdió una de sus naves y los cincuenta hombres que la tripulaban.

El mar se obstinaba en cerrarle el camino de aquellas Indias que él creía entrever á cada instante, por cuyo motivo ancló entre una isla hermosísima y el nuevo continente. Visitado por los indígenas, embarcó siete de ellos en sus naves para familiarizarse con su idioma y obtener informes de aquellas latitudes. Costeó una tierra muy abundante en oro y perlas de que se adornaban sus indígenas, y á principios del año 1504 remontó el río de Veragua y ordenó á Bartolomé, su hermano, para que al frente de sesenta españoles fuese á explorar las aldeas situadas á orillas de aquel río y descubriera la situación de los criaderos auríferos. Bartolomé sólo encontró bosques y salvajes. El Almirante dejó aquel río y penetró en otro cuyas riberas se hallaban pobladas de indios que prodigaban su oro á los marineros á cambio de sus fruslerías de Europa. Creyó que había llegado á la realización de sus sueños y quimeras; mas la guerra hubo de estallar entre aquel puñado de europeos y las numerosas tribus que poblaban las orillas de aquel río. Bartolomé Colón venció y prendió con su propia mano á un cacique, reputado como el más esforzado y temible de los indios. Una aldea que los españoles habían levantado en la playa á fin de comerciar con las poblaciones del interior fué cierta noche cogida é incendiada por los salvajes, cuyas flechas dejaron muertos ocho españoles entre los restos de sus cabañas. Bartolomé reanimó el valor de sus hombres y atacando á los indígenas les rechazó al interior de sus selvas; pero la animosidad y la antipatía crecieron entre ambas razas, y un día los indios, montados en sus canoas, asaltaron la chalupa de la escuadra española que remontaba aquel río. Todos los europeos que en ella iban fueron desapiadadamente inmolados. Durante esta encarnizada lucha, retenido Colón á bordo de su nave por su debilidad y sus achaques, guardó en ella al cacique y los jefes indios que habían caído prisioneros. Informados éstos de la devastación que había sufrido su comarca y sabiendo que sus mujeres vi-

vían también en el cautiverio, quisieron cierta noche violentar la puerta del calabozo en que estaban encerrados; mas despertada la tripulación á los esfuerzos hechos para abrir aquella, les rechazó á su interior y atrancó con una barra de hierro aquella puerta. Al día siguiente, cuando ésta fué abierta para llevarles la comida, no se hallaron mas que cadáveres. Con objeto de escapar á la servidumbre aquellos salvajes, se habían muerto unos á otros.

Separado por las rompientes de Bartolomé, su hermano, el cual había llegado á tierra con los restos de su expedición, Cristóbal, para relacionarse con él, tuvo que apelar al valor de uno de sus oficiales, que salvó á nado los escollos y le llevó acerca de él las más siniestras noticias. Colón no podía alejarse de sus compañeros ni abandonarles en sus desastres. La inquietud, la perspectiva de un naufragio sin un testigo que revelase el hallazgo de aquella tan funesta y deseada tierra; todo esto doblegaba su constancia heroica y su resignación piadosa á las órdenes de Dios, de quien se consideraba á un mismo tiempo el enviado y la víctima. Hé ahí cómo describe durante aquellos insomnios el estado de su espíritu:

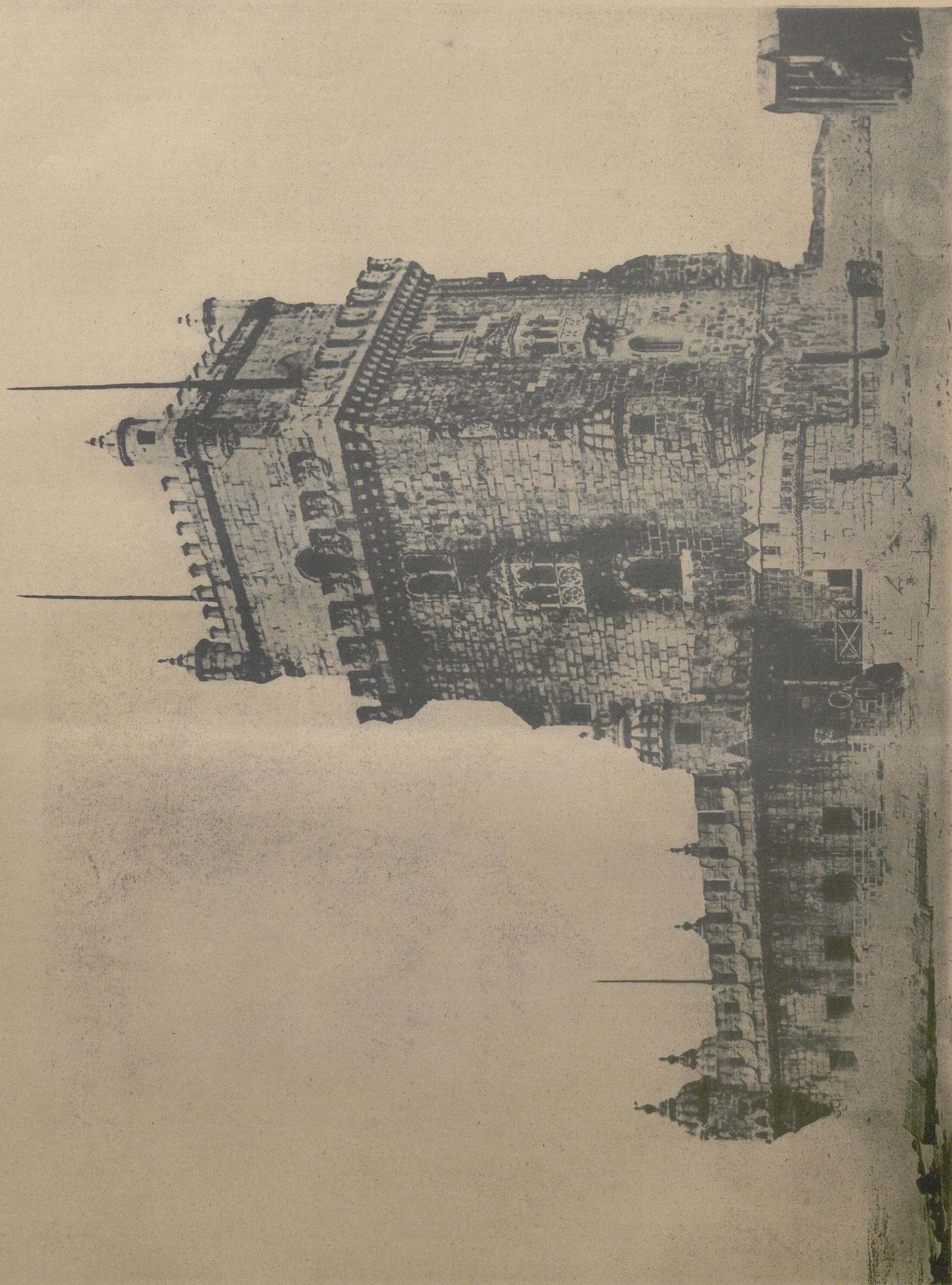
«Completamente rendido, yo me sentía aletargado, cuando una voz llena de compasión y de dolor pronunció á mi oído estas frases: «¡Insensato! ¡Hombre que no quieres creer ni servir á Dios, el Dios del Universo! ¡Obró de otra manera con Moisés y con David sus servidores? Desde el día que naciste se ha tomado por ti el mayor cuidado. Ya hombre, ha hecho resonar tu oscuro nombre en todos los ámbitos del mundo; te ha dado las Indias, esta parte favorecida de su creación; hizo que encontraras la llave que cerraba las barreras del inmenso Océano, hasta hoy día infranqueables. Vuelve hacia él y bendice su gran misericordia. Si hay que realizar otra grande empresa, tu edad no será obstáculo á que se cumplan sus designios. ¿Por ventura Abraham no tenía más de cien años cuando engendró á Isaac? ¿Era joven Sara? ¿Quién dió lugar á tus aflicciones? ¿Dios, ó el mundo? Las promesas que te hizo las ha cumplido: jamás te ha dicho, luego de recibir tus servicios, que tú no le hubieses comprendido. El paga cuanto debe y aun mucho más. Lo que estás sufriendo es el precio de tus trabajos y peligros sirviendo á otros señores. No temas y fía en tu desesperación misma. Todas estas tribulaciones se hallan escritas en mármol, y esto no es sin motivo, porque es necesario que las sufras. ¡Y la voz que se expresó en estos términos rehizo mi constancia y me llenó de consuelo!»

Calmáronse las tormentas, y ambos hermanos, por tanto tiempo separados, lograron unirse en sus buques y se dirigieron con lentitud hacia la isla Española. Una de las tres carabelas se hundió á consecuencia de sus desperfectos en los abismos del mar á poca distancia de la playa. Al Almirante no le quedaron más que dos viejas y destartadas naves, donde reunió todos sus hombres. Estos se hallaban en el mayor abatimiento: se habían agotado los víveres; carecían de fuerzas; las naves habían perdido sus áncoras; hacían agua, y los gusanos y otras alimañas habían hecho en ellas tantos agujeros, que parecían, según la frase de Colón, un gran panal de miel. Los vientos y la mar siempre desapiadados le rechazaban desde la Española á la Jamaica, y sus navios, pronto á hundirse en los líquidos espacios, sólo le permitieron embarrancar en la arena de una playa desconocida, atarlos uno á otro con cables y maderas que hicieron de los dos un solo bloque, levantar sobre sus dos puentes reunidos tiendas para sus hombres y esperar en tan horrible situación el auxilio de la Providencia.

Atraídos los indios por el espectáculo del naufragio y de aquella fortaleza alzada por extranjeros en las arenas de sus playas, cambiaron con ellos sus víveres por algunas fruslerías, cuya novedad tenía gran precio á sus ojos. Esto sin embargo, transcurrieron los meses, se agotaban los víveres, y los terrores del porvenir y los sediciosos murmullos de sus hombres ponían en gran ansiedad al Almirante. Su situación podía ser remediada enviando un mensaje á Ovando, Gobernador de la Española. Mas la Jamaica estaba separada de aquella isla por cincuenta leguas de mar, y para salvarlas sólo tenía á su disposición una canoa de salvajes. ¿Qué hombre bastante generoso para sus hermanos podía arriesgar su existencia contra un elemento tan vasto y peligroso cual el mar, embarcándose en el ahuecado tronco de un árbol y sin otro auxilio que un remo? Cierta noche Colón pensó en Diego Méndez, joven oficial de su escuadra, quien en otros extremados apuros ya había mostrado el olvido de sí mismo que constituye los héroes y realiza los milagros. Le hizo llamar á su lecho, donde le retenía la gota, y le dijo:

—«Hijo mío; de cuantos estamos aquí, vos y yo somos los únicos que comprendemos nuestro riesgo, cuya perspectiva no es otra que la muerte. Sólo nos queda un medio para salvarnos. Es indispensable que uno se exponga á morir para salvar á los otros. ¿Queréis ser vos ese hombre?»

A lo que Méndez replicó:  
—Yo, señor Almirante, me he sacrificado ya varias veces por mis hermanos; pero no falta por ello quien murmure y diga que siempre me veo favorecido por vos cuando se trata de realizar



FOTOG. DEL NATURAL DE J. LAURENT Y C.<sup>o</sup>

PORTUGAL. — LA TORRE DE BELEM EN LISBOA



J. Morera lo pintó.

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª

### EL OTOÑO

(De la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 en Madrid)

una acción algo brillante. Proponed, pues, mañana á mis compañeros el desempeño de la misión objeto de esta plática, y si nadie la acepta, corre de mi cuenta el llenarla.

El Almirante hizo al siguiente día lo que le había indicado el mancebo. Consultados los demás hombres, todos convinieron en la imposibilidad de realizar aquella gran travesía sobre un pedazo de madera que se convertiría en juguete del viento y de las ondas. Entonces adelantó Méndez y dijo con modestia:

—Sólo tengo una vida que perder y me hallo dispuesto á sacrificarla en servicio vuestro y por la salvación de todos: ¡que Dios me proteja!

Y se embarcó en la frágil canoa y se perdió en las brumas del horizonte seguido por los ojos de todos, cuya vida estaba ligada á la suya.

La falta de esperanza, el aislamiento absoluto del mundo conocido y el exceso de la desgracia hubieron de agriar contra el Almirante el ánimo de sus compañeros, los cuales le imputaban su infortunio. Dos de sus oficiales más queridos, Diego y Francisco de Porras, á quienes había tratado como dos hijos, dándoles en la escuadra los mandos más principales, fueron los primeros en elevar contra él el insulto, la calumnia y hasta la sedición entre sus hombres. Aprovechando un recrudecimiento de la enfermedad que sujetaba á su lecho al Almirante y arrastrando con ellos una gran parte de marineros y soldados, se apoderaron de casi todas las armas y vituallas, y dando con sus cómplices el grito de ¡viva Castilla!, cubrieron á su jefe de injurias y denuestos. En vano Colón, que nada podía hacer en su dolencia y que sólo podía alzar sus manos al cielo, en vano les suplicó que recordaran sus deberes: aquellos hombres le reprochaban su vejez, la blancura de sus cabellos, su enfermedad, sus achaques y fueron bastante audaces para levantar contra él sus aceros. Entonces Bartolomé cogió una lanza, se colocó entre los amotinados y su hermano, á quien unos criados sostenían en sus brazos, y secundado por una parte de la tripulación que se había mantenido fiel, salvó la vida y la autoridad de Cristóbal. Los dos Porras y cincuenta de sus hombres abandonaron las naves, asolaron la comarca; se atrajeron con sus crímenes el odio de los indígenas, trataron de construir, bien que inútilmente, embarcaciones para dirigirse á la Española; algunos de ellos murieron en la tentativa; atacaron á Colón y sus hombres en las mismas naves; fueron vencidos por el intrépido Bartolomé, que les mató á Francisco Porras su jefe, hasta que por fin se sometieron, rogando á Colón que perdonara su ingratitude y desobediencia. Entretanto Méndez había sido guiado por la Providencia, y en su frágil canoa sobre aquel desierto de agua, yendo á parar como los restos de un naufragio sobre los escollos de la Española. Conducido á través de la isla por sus mismos naturales, llegó después de grandes riesgos y fatigas á la colonia de Ovando. Participó á éste el mensaje de su jefe y le habló de la situación desesperada en que le había colocado la desgracia. Pero ya fuese por incredulidad, ya porque desease la ruina de un rival harto grande, aquel hombre dejó pasar muchos días y hasta meses sin enviar á Colón auxilio alguno, hasta que por fin mandó á la Jamaica una pequeña nave gobernada por un tal Escobar, quien tenía órdenes para reconocer la situación de los buques naufragos, pero sin que abordase en la costa y sin que ni tan siquiera pudiese hablar á sus tripulantes. Así es que el buque de Escobar apareció y desapareció cierta noche á los ojos de Colón y de sus hombres con tal misterio, que en su superstición creyeron que era el fantasma de una nave que iba allí para profetizar su muerte.

Por fin Ovando resolvió mandar buques al Almirante con objeto de arrancarle á la sedición y al hambre. Después de diez y seis meses de permanencia en aquellas tristes y solitarias playas, Colón, lleno de años, de reveses y fatigas, volvió á aquella isla que él había convertido en un imperio y de la que se veía desterrado por la ingra-

titud y la envidia. En ella pasó algunos meses, siendo bien recibido—cuando menos en la apariencia—en casa del gobernador; pero sin ninguna influencia en su gobierno, viendo gozar del favor á sus constantes enemigos, expulsados ó perseguidos sus mejores amigos y llorando sobre la ruina y la esclavitud de aquella tierra que había descubierto como el jardín del mundo y que veía convertida en tumba de sus indios queridos. Confiscados sus bienes, dilapidadas sus rentas, despobladas sus tierras, Colón se dejó deslizar por la triste pendiente de la vejez, de la enfermedad y de la miseria. Lanzado por fin con su hermano, su hijo y algunos servidores á un navío que regresaba á España, un mar implacable le llevó de tormenta en tormenta hasta Sanlúcar, donde abordó en 7 de Noviembre, y desde aquel punto se dirigió á Sevilla, vencido en sus fuerzas, moribundo en el cuerpo, invencible en el espíritu, inmortal en su voluntad y su esperanza.

El poseedor de tantas islas y continentes carecía de un techo donde guarecerse.

«¡Si quiero comer ó dormir, escribía desde Sevilla á su hijo, tengo que llamar á la puerta de una posada, y con frecuencia no tengo con qué pagar mi comida y mi cama!»

Sus desgracias é indigencia eran para él más tolerables que la miseria de sus compañeros y servidores que había unido con tantas esperanzas á su destino y que le reprochaban su decepción y su infortunio. Colón escribió en su favor al Rey y á la Reina; pero Diego Porras, aquel sublevado que debía la existencia á la generosidad del Almirante, llegó antes que él á la corte y previno en contra suya el ánimo de Fernando.

«He servido á Vuestras Majestades, escribía Colón á sus reyes, con el mismo celo y constancia que yo hubiera empleado para alcanzar el cielo, y si no he podido hacer más, ha sido porque mis fuerzas no lo han permitido.»

Contaba no sin razón en la justicia y favor de la Reina Isabel su protectora; mas este gran sostén de su causa iba también á faltarle. La esposa de Fernando moría lentamente á consecuencia de haber perdido la hija que más quería. Próxima á lanzar el último suspiro, consignó en su testamento la última prueba de humildad en el elevado rango en que la había colocado el destino, y este testimonio de su cariño y su constancia hacia el esposo, con el cual quiso permanecer unida hasta después de su muerte.

Hé ahí lo que decía en su testamento:

«Ordeno que mi cuerpo sea enterrado en la Alhambra de Granada en una tumba que se halle al nivel del suelo y que pueda ser hollada con los pies: que mi nombre sea grabado en una sola y sencilla piedra. Pero si el rey mi señor elige sepultura en cualquier otra parte de nuestros reinos, deseo que mi cuerpo sea exhumado, llevado y enterrado al lado suyo, á fin de que la unión de nuestros cuerpos en la tumba signifique y atestigüe la unión de nuestros dos corazones en vida, así como espero que Dios en su infinita misericordia permitirá que nuestras almas se unan en el cielo.»

«¡Oh, hijo mío! escribió Colón á Diego, su hijo, al saber la muerte de su protectora; que esto te enseñe lo que debes hacer ahora: encomienda al cielo piadosa y afectuosamente el alma de la Reina nuestra soberana. Fué una mujer buena y santa. Podemos estar ciertos de que goza de la gloria eterna y que Dios la ha recibido en su seno, donde no sentirá ya los cuidados y tribulaciones de este mundo. También te recomiendo que veles y trabajes por el servicio del Rey, jefe de la Cristiandad. Recuerda al pensar en él que, cuando la cabeza sufre, los demás miembros padecen. Todo el mundo debe rogar por el consuelo y la conservación de sus días; pero á nosotros nos corresponde orar mucho más porque somos sus servidores.»

ALFONSO DE LAMARTINE.

(Concluirá.)

NUESTRAS ILUSTRACIONES

**Monumento á Isabel la Católica.**—Creemos que nuestros lectores acogerán gustosos la reproducción de este notable monumento, situado al final del paseo de la Castellana de Madrid, grupo en bronce magistralmente ejecutado por el excelente artista Sr. Oms; en él se representa á Isabel I de Castilla á caballo y acompañada por el Cardenal Mendoza y el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba.

**Alegoría de la isla de Cuba.**—El 28 del presente mes de Octubre hizo cuatro siglos que el inmortal Cristóbal Colón, después de descubrir la América, arribó por vez primera á las costas de la perla de nuestras Antillas, y en conmemoración de tan fausto acontecimiento publicamos la alegoría que el eminente pintor Sr. Sans hizo para el palacio del Sr. Duque de Santoña, donde aun se conserva tan notable obra de arte.

**Torre de Belem.**—Está tomado del natural este importante monumento arquitectónico por la casa del acreditado y popular fotógrafo Sr. Laurent.

La torre de Belem es un delicioso lugar de recreo de los Reyes de Portugal, y se halla situada á la entrada de Lisboa, orillas del río Tajo y enfrente del mar Atlántico, cuya dilatada extensión domina, ofreciendo un grandioso panorama lleno de belleza y poesía.

**Paisaje de otoño.**—No puede ser más oportuno y de actualidad ese precioso cuadro del sin igual paisajista Sr. Morera, cuyo arte hace que el espectador confunda la ficción con la realidad misma; ¡de tal suerte sabe sentir y expresar los espectáculos de la naturaleza!

IMPRESOS RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

Se acaba de publicar un libro de gran importancia científica, y muy útil para la práctica médica y los trabajos de laboratorio; titúlase ELEMENTOS DE ANÁLISIS QUÍMICO Y MICROGRÁFICO, aplicados á la clínica.

Sus autores, los señores Lozano y Madrid Moreno, son personas competentes y han desarrollado en ocho capítulos nutridísimos de doctrina, observaciones y experimentos, los resultados obtenidos de análisis hechos así en el jugo gástrico como en la sangre y otros varios elementos del organismo humano.

Esta interesante obra, publicada por la librería de D. José Jorro, puede servir de guía ó vade mécum á los médicos, químicos y farmacéuticos. Precio del ejemplar, una peseta y cincuenta céntimos.

—CRISTÓBAL COLÓN Ó EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.—Obra muy discretamente escrita, con datos tomados del diario del inmortal navegante; forma un folleto de treinta y tantas páginas, de compacta impresión y grabados en las cubiertas. Los pedidos á D. José García Hernández, calle de la Paz, 1, librería, Madrid. Precio del ejemplar, 20 céntimos.

ADVERTENCIAS

IMPORTANTE

Suplicamos encarecidamente á aquellos de nuestros suscriptores que sufran algún entorpecimiento en el reparto de esta Revista que reclamen y se entiendan directamente con la Administración de ESPAÑA Y AMÉRICA (plaza del Biombo, 2, Madrid), pues á varios corresponsales hemos tenido que suspender la remesa de ejemplares que tenían pedidos por falta de cumplimiento en los pagos.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

**Acreditados específicos del Doctor Morales**

**PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS**

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc.—A media y una peseta la caja.

**CAFE NERVINO MEDICINAL**

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

**PÍLDORAS LOURDES**

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo.—A una peseta caja.

**TONICO-GENITALES**

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad.—Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

EL VERDADERO ZARAGOZANO



D. MARIANO CASTILLO Y OCSIERO

## FABRICACION DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De **El Firmamento**, calendario zaragozano por *D. Mariano Castillo y Ocsiero*, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y cartera, de las que vendemos **un millón y doscientos setenta mil ejemplares.**

De los que se titulan **Americanos ó de pared**, es tan grande la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanagues, por ser en originales del celebrado *D. Mariano Castillo y Ocsiero* y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—**Administración:** Plaza del Biombo, 2.

## ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

Grandiosa obra, única en que se reúne en fotografía inalterable, por *J. Laurent*, cuanto notable en pinturas modernas y antiguas tiene España, como también nuestros hermosos monumentos, la escultura, orfebrería, más las excelentes colecciones de tapices que posee la Real Casa, juntamente con los preciosos y numerosos modelos existentes en la Real Armería de Madrid.

Esta magnífica obra se compone de cuatro series, cuyos títulos son:

**1.º El Arte moderno español. — 2.º Museos de España. — 3.º Monumentos arquitectónicos y la Escultura. — 4.º Tapicería de la Real Casa y Real Armería de Madrid.**

Esta obra se puede adquirir completa ó por series sueltas, encuadrada en elegantes tapas: cada serie forma dos tomos, uno de láminas y otro de texto. Precio de la obra completa y encuadrada, 150 pesetas; por series sueltas, á 38 pesetas.

El texto de esta obra está redactado por la brillante pluma del Excmo. Sr. *D. Pedro de Madrazo*, eximio literato y eminente crítico de artes.

Se halla de venta en la Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid, y en las librerías.

### ELEMENTOS DE TERAPÉUTICA Y FARMACOLOGÍA

POR EL  
**DOCTOR RABUTEAU**  
VERSIÓN ESPAÑOLA DE LOS DRES. *D. JOSÉ SÁENZ Y CRIADO*  
Y *D. TOMÁS JÁUREGUI Y ECHAVE*

Segunda y última edición.

Según la opinión de los hombres de ciencia y de la prensa facultativa de Europa, la TERAPÉUTICA del doctor Rabuteau es el libro más completo de esta importante rama de la medicina, tanto por el método y la exposición sistemática que ha dado á dicha ciencia, como por los numerosos hechos y descubrimientos personales que ha aportado á ella.

La adquisición de esta obra para los estudiantes de medicina y para los mismos médicos se recomienda por su utilidad para el estudio de esta asignatura y para la práctica de la clínica.

Consta de dos tomos en 4.º, que se venden á 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias. Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, plaza del Biombo, 2, Madrid.

### HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE *F. LAURENT*

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO  
DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS  
Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de *Pablo Chenavard* y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

**Condiciones de suscripción.**—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

### OBRA DE SENSACION

## ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE *D. RAFAEL MARÍA DE LABRA*

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á *los fundamentos de la escuela contemporánea*; la segunda estudia *la cuestión social*, y la tercera se relaciona con *el obrero de nuestros tiempos*.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

**Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.**

### PRÓXIMA Á PUBLICARSE

## ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR *J. A. FORT*

Director de la *Revista Quirúrgica* y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

En breve se pondrá á la venta la tercera edición, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. *Armas y Céspedes*; formará dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto.

Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En  
publicación.

## PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR *F. MORALES SÁNCHEZ*

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por *Victor Hugo*, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juristas. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

# ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

### CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

#### 2 REALES POR CADA REPARTO

**Lote 1.º**—Año Cristiano, por el Padre *Juan Croisset*.—Jesucristo, por *Mr. Louis Veuillot*.—Diccionario de la lengua castellana, por *D. E. Marty Caballero*.—Aventuras de *Gil Blas de Santillana*, por *Mr. Lesage*.

**Lote 2.º**—Historia del movimiento republicano en Europa, por *D. Emilio Castelar*.—Tratado completo de Agricultura moderna, por *D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores*.—Tratado completo de Contabilidad, por *D. Francisco Tejedor y González*.—En alas de la fortuna, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.

**Lote 3.º**—Luchar contra el destino, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—Candelas y los bandidos de Madrid, por *D. Antonio García del Canto*.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por *D. Ramón Ortega y Frías*.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó correspondientes, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de *J. Laurent y Compañía*, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de *Antiguos oficiales de Prats*, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.  
Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro. — Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.